

dente, comprendía la protección del tráfico nacional como lo harían aún los prohibicionistas de nuestros días. Al establecer el puerto de Aigues-Mortes, le concedió al mismo tiempo un monopolio al cual «se sacrificó todo». Los otros puertos y canales del litoral, desde el Camargo hasta la roca de Leucate, fueron cerrados al comercio; los ríos Herault, Orb y Aude fueron declarados cerrados; todos los buques, hasta los mismos que por su puerto de destino habían de pasar por aguas de Aigues-Mortes, recibieron orden de acercarse para pagar un derecho de tonelaje sobre su carga para la conservación del nuevo puerto. Y tan absurda ley quedó en vigor hasta después de que el puerto de Aigues-Mortes quedó completamente impracticable por efecto de los aluviones<sup>1</sup>. Es decir, prohibióse el tráfico marítimo á la Francia mediterránea, por lo que el comercio fué forzosamente rechazado sobre las comarcas limítrofes. Al otro extremo del reino, los procedimientos de protección industrial y comercial eran también absurdos y podían producir atroces consecuencias. Una orden de 14 de Julio de 1315 proscribía á todos los Flamencos, expulsándolos del reino de Francia, so pena de ser condenados «á ser siervos y esclavos». Y si quedase alguno de ellos aún «después de la octava de la Magdalena», se les debía matar «sin esperar ningún juicio y donde quiera que fuesen encontrados»<sup>2</sup>.

A la mitad del siglo XIII, Burdeos, sintiéndose feliz por no ser protegida, llegaba á ser municipio de pleno derecho, pudiendo nombrar su alcalde sin intervención del señor feudal y hasta aliarse directamente con Brujas, la ciudad republicana de Flandes<sup>3</sup>. Mientras que los reyes de Francia, fuertes por el derecho brutal dado por la conquista, secundados por los recaudadores de impuestos y por la jerarquía administrativa, oprimían ó suprimían los municipios, los reyes de Inglaterra oponían prudentemente los intereses de los Aquitanos á las ambiciones de Francia. Es indudable que no hubieran podido suscitar un patriotismo inglés espontáneo: las costumbres, la lengua y el medio se oponían á la fusión de las voluntades en las dos patrias respectivas; á lo menos Burdeos y las ciudades de la Guyena

<sup>1</sup> A. Duponchel, *Introduction à la Géographie générale du département de l'Hérault*, páginas 62, 65.

<sup>2</sup> Alphonse de Hauteville, *Les Aptitudes Colonisatrices des Belges*, p. 119.

<sup>3</sup> D. Brissaud, *obra citada*, ps. 230, 231.

comprendían que les convenía materialmente permanecer bajo el señorío feudal inglés, y, lejos de ayudar á Francia en sus luchas contra



IGLESIA DE NEUVY — SANTO SEPULCRO (INDRE)  
Tipo de iglesia redonda. (Véase p. 86)

Cl. Kuhn, edit.

los insulares, se esforzaban por estrechar con éstos los lazos tradicionales de la amistad. Una sola rebelión tuvo lugar, provocada en

1365 por los impuestos arbitrarios del Príncipe Negro; pero bastó este experimento, los dominadores extranjeros tuvieron el buen sentido de no repetir la tentativa.

Los privilegios de la burguesía bordelesa fueron tan bien respetados, que los *jurats* ocuparon un rango superior á los nobles y hasta la misma aristocracia feudal era mal vista, excluida de antemano del ejercicio de los cargos como tocada de indignidad: un edicto de 1375 decide que «ningún noble de aquí en adelante pueda ser jurado de la ciudad»<sup>1</sup>. Todo hubiera cambiado rápidamente si Burdeos, que un geógrafo árabe de la época llamaba la capital de Inglaterra, hubiera cesado de ser el objeto de la lucha entre las dos naciones. De ese modo los burgueses tomaban sus precauciones y se prevenían contra las consecuencias fatales que hubiera podido tener para ellos la conquista definitiva de Francia por los Ingleses. Exigieron, pues, de Eduardo III que, si llegase un día á ceñirse la corona de Francia, ellos quedarían siempre directamente unidos al reino de Inglaterra. Lo mismo que el gran municipio libre, los otros municipios de Guyena, sus «hijuelos», pedían también la conservación de las instituciones que les tenían separados de sus vecinos franceses: la carta de uno de ellos, Bazas, hasta contiene extractos de la ley inglesa del *habeas corpus*<sup>2</sup>. En 1379, Burdeos estaba ya bloqueado por los Franceses por la parte de tierra, cuando todas las ciudades-municipios de las márgenes del Garona y del Dordoña, desde San Macario y Castillon hasta Blay, se ligaron para salvar la metrópoli y conservarla para Inglaterra.

Las batallas de Crecy (1346) y de Poitiers (1356), y después, en el siglo siguiente, la de Azincourt (1415), presentan tal semejanza, que se creería ver en ellas una sola y misma batalla. Los primeros se hallaban todavía en la edad de los caballeros romanos: cada uno de aquellos paladines, viviendo en su ideal, quiere obrar á su antojo, seguro de dispersar ante sí la turba de los villanos; los Ingleses, por el contrario, entrados ya en la era del razonamiento, trataban de proceder con ciencia en su campaña: esperaban prudentemente el choque, y, concertadamente, dispersaban á los asaltantes y los recha-

<sup>1</sup> D. Brissaud, *obra citada*, p. 127.

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 263.

zaban en desorden. La vanidad de los nobles franceses, representantes por excelencia de la caballería en su decrepitud, como lo había sido en su florecimiento, el necio amor propio de las gentes acorazadas de hierro tomó tales proporciones, que los desgraciados corrían á su perdición, arrastrando en su ruina la de Francia. En tanto que los ejércitos de Flandes y de Inglaterra sacaban su fuerza principal de sus alabarderos y arqueros, armados con mazas ó picas, los arrogantes caballeros franceses juzgaban indigno de sí reunir un cuerpo de tropas reclutadas entre villanos, ó bien, cuando iban á la guerra acompañados de esa canalla despreciada, los rechazaban y los asesinaban en el momento supremo para no dejarles ganar la victoria. En Courtrai la infantería francesa, que rechazó á los Flamencos, suscitó la cólera de los nobles, hombres de armas, quienes temieron que se les arrebatara el honor de la victoria, é impulsados por esa idea se precipitaron sobre las filas de sus mismos ballesteros y los pisotearon con sus caballos, para tener el orgullo del triunfo, allí donde no hallaron más que una derrota vergonzosa y merecida. También en Crecy Felipe de Valois hizo matar toda la «chusma» victoriosa que le cerraba «la vía sin razón». Quería vencer sin ella, y sin ella fué vencido. Por ese mismo crimen de jactancia la caballería francesa fué tan dura y tan terriblemente castigada en Mauperuis, cerca de Poitiers, por los arqueros del Príncipe Negro<sup>1</sup>.

Esas derrotas más que vergonzosas de Crecy y de Poitiers, á continuación de la batalla naval de la Esclusa ó Sluys (1340), cerca de Brujas, donde la flota francesa fué completamente destruída, eran suficientes para arruinar para siempre el prestigio del poder real y de los caballeros que le representaban con una insolencia tan poco justificada. Parecía llegado ya el tiempo de ver cómo caían esas instituciones en un desprecio definitivo, pero la fuerza del hábito y de las preocupaciones hereditarias es tal, que esa sucesión de desastres, aunque hirieron de muerte la caballería, la dejó, sin embargo, prolongar durante más de un siglo su nefasta existencia. El feudalismo tuvo todavía, en el reino devastado, un período de renovación, merced á su transformación democrática efectuada por Du Guesclín, que

<sup>1</sup> Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, p. 32.

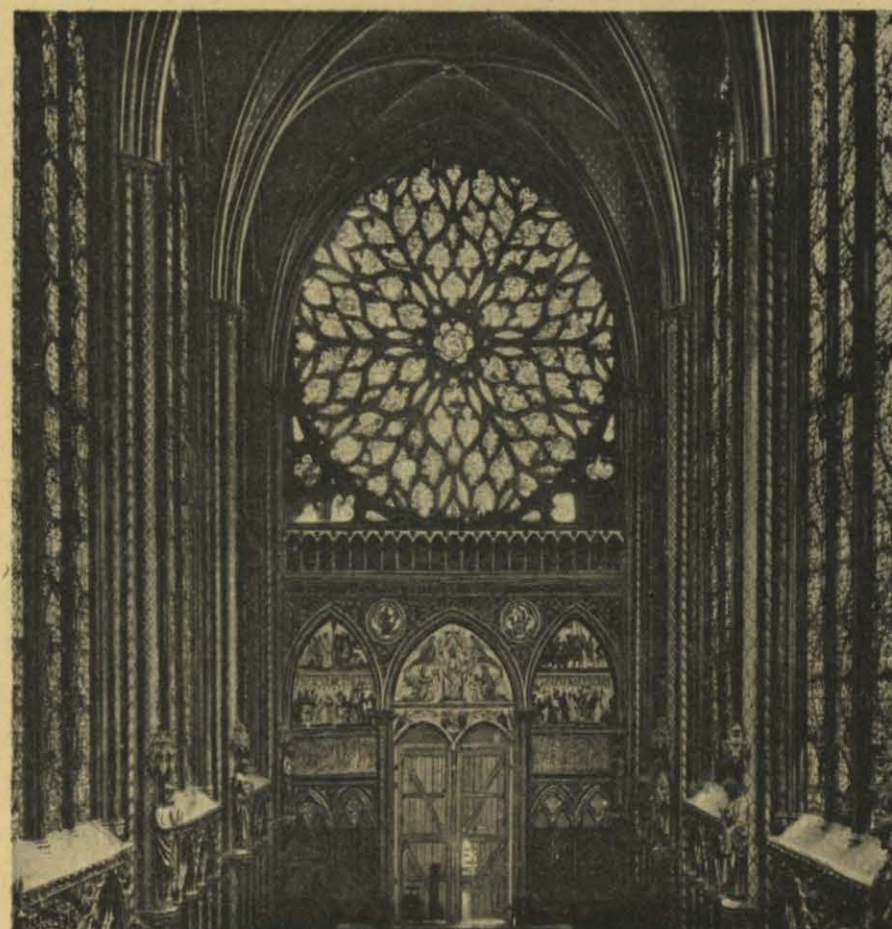
supo sacar la enseñanza de las batallas precedentes y servirse, para la reconquista del suelo, de los elementos populares organizados en bandas con las armas que les convenían, según su genio propio y sus afinidades de costumbres y de lenguaje, y como consecuencia las guerras tomaron una forma espontánea y revolucionaria á la cual aportaba el pueblo tanta pasión como los nobles.

En Bretaña principalmente la lucha adquirió su carácter más nacional, más contrario á un buen acuerdo con el Inglés. Muy diferentes de los habitantes de la Guyena, los Bretones no habían entrado aún en el período industrial y comercial; no tenían género precioso que vender, como lo eran, por ejemplo, los vinos de Clairac (*Claret*) y otros productos del Bordelés. Además, los rudos Armoricanos no tenían la ductilidad del Gascón y no se avenían con los extranjeros: querían permanecer siendo dueños en su territorio y la lenta infiltración francesa les molestaba menos que las bruscas irrupciones de los Ingleses. Sin duda, su duque deseaba hacerles traición y más de una vez rindió homenaje al rey de Inglaterra, pero la resistencia de las poblaciones le reconducía al lado francés, lo que tuvo capital importancia en la historia de la Europa occidental. Si Bretaña, ese bloque de granito, no hubiera resistido á los Ingleses, como las islas de sus costas resisten á las olas; si, interponiéndose entre la Normandía y el Anjou<sup>1</sup>, no hubiera roto la continuidad de las posesiones del invasor, la Francia berrichona y champañesa hubiera sido indudablemente conquistada por la Francia angevina y aquitana bajo la hegemonía inglesa, y pueden evocarse todas las consecuencias buenas y malas que esa victoria hubiera tenido para cada uno de los países interesados para sus vecinos y para la civilización mundial.

Naturalmente el pueblo de Francia, ciudades y campos, trató de utilizar en favor de la emancipación el ruinoso desorden en que habían caído la monarquía y la caballería. Especialmente los burgueses de París creyeron la ocasión propicia cuando el rey Juan el Bueno, retenido como rehén por los Ingleses, hacía mendigar en todo el reino el pago de su rescate. La autoridad de los nobles fué de tal modo abolida en París, que los títulos llegaron á ser consi-

<sup>1</sup> J. Michelet, *Histoire de France*, t. II.

derados como una deshonra. Se dió el caso, cuando la destrucción del castillo de Ermenonville por orden del preboste Esteban Marcel, que el castellano Roberto de Lorris se vió obligado á renegar «gentileza y nobleza» para salvar su vida con mujer é hijos, y juró amar más á los burgueses y el «común de París» que sus parientes y an-



Cl. J. Kuhn, edit.

ROSETÓN. SANTA CAPILLA EN PARÍS, EDIFICADA DE 1243 Á 1248

tiguos amigos, los nobles<sup>1</sup>. Pero los señores, expulsados de París, tenían todavía demasiado prestigio y poder hereditario sobre la población de los campos para aceptar de ese modo su anulación: antes de perecer, el feudalismo, impotente contra el extranjero, tuvo bastante cohesión para vengarse de la odiada multitud de burgueses y villanos rebeldes. París gozó poco tiempo de su independencia municipal.

<sup>1</sup> Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, ps. 115, 116.

Antes de aquella época, que fué también la de la «Jacquería», había habido en todo tiempo rebeldías de campesinos contra las exacciones intolerables de los opresores y la brutalidad de los nobles. Puede citarse como ejemplo la hermosa federación de campesinos que se formó en el Velay hacia 1180, bajo el nombre de cofradía de los «Pacíficos». Entonces, como después, durante la guerra de los Cien años, los bandidos y los vagabundos eran los dueños de Francia, y los desgraciados trabajadores del país, obreros ó campesinos, que no defendían á sus propios señores, buscaron en su propia unión elementos de resistencia, prometiendo «amarse y ayudarse mutuamente siempre». El capuchón de lana blanca que usaban les valió el nombre de «Encapuchados» ó «Caperuzas blancas»; después, cuando llegaron á ser muy numerosos, no solamente en el Velay, sino también en la Auvernia, el Berry, Borgoña, Aquitania y Provenza y se confederaron en todo el reino, se les conoció principalmente bajo la denominación de «Jurados». Se prometían recíprocamente observar siempre una conducta regular, ir á confesar, no jugar ni blasfemar, no frecuentar las tabernas, dar el pan y el vino y hasta el beso de paz al que por accidente matase un hermano. A sus reuniones debían presentarse siempre desarmados.

Pero los jurados se armaban y equipaban cuidadosamente contra el enemigo, y en un principio obtuvieron grandes victorias. En 1183 los jurados de Auvernia mataron tres mil foragidos; poco tiempo después, en el Borbonesado, degollaron diez mil. Habiendo llegado á ser fuertes, no se limitaron ya á perseguir el bandidaje, sino que, dirigiéndose á los señores y á los obispos, también reclamaron justicia. En un manifiesto que la Iglesia ha desgarrado como impío, «ese pueblo imbecil é indisciplinado, en el colmo de la demencia, osó significar á los condes, vizcondes y otros príncipes que era preciso que trataran á sus súbditos con más dulzura...» Un contemporáneo hace constar que los «señores no se atrevían ya á exigir de sus hombres más que los tributos legales, quedando reducidos á contentarse con lo que se les debía...; por efecto de esa invención diabólica, no había ya temor ni respeto á los superiores. Los jurados se esforzaban por conquistar su libertad, diciendo que la habían reci-

bido de los primeros hombres»<sup>1</sup>. A su vez los poderosos de la Tierra se volvieron contra los pacíficos é hicieron alianza con los malhechores y en todas partes sometieron incondicionalmente á los campesinos. El bandidaje recobró su antiguo esplendor, y «una notable parte de Francia recayó bajo el régimen del terror y de la desolación que era su estado normal».



CATEDRAL DE REIMS — LOS MUERTOS SALIENDO DE SUS TUMBAS  
Fragmento del tímpano de la Puerta del Juicio.

Entre tantas otras rebeliones de campesinos en todas las comarcas de la Europa feudal, la «Jacquería» propiamente dicha no fué más que una conmoción de muy breve duración, como uno de esos prodigiosos incendios que recorren en algunas horas un inmenso territorio. No preparada y dominada en seguida, esa súbita insurrección que sólo duró unos quince días, un mes contando las matanzas de campesinos, fué una breve fulguración que quedó en la memoria del pueblo como uno de los grandes acontecimientos de la vida nacional. Las matanzas mandadas por el rey ó por los señores feudales no admiraban á nadie, y los cronistas de la época las refieren como cosa natural; pero una rebelión de los labradores contra los nobles sor-

<sup>1</sup> Cronista anónimo de Laon, citado por A. Luchaire, *Grande Revue*, Mayo de 1900.

prendió las imaginaciones como una especie de prodigio. En una sociedad más respetuosa de la persona humana hubiera parecido, al contrario, lo más extraño que esas desgraciadas gentes de los campos hubiesen podido soportar tanto tiempo, sin una explosión de furor, los tratamientos feroces á que les sometía la nobleza.

En aquella época la guerra era un oficio provechoso, y los soldados mercenarios que se alistaban por cuenta de los reyes y de los grandes vasallos, solían continuar en tiempo de paz los saqueos y asesinatos acostumbrados; el nombre de «brigantes» con que eran designados los hombres de guerra, con la significación de alistados á una brigada, mereció pronto el sentido que se le da en nuestros días<sup>1</sup>. Las «grandes compañías», mandadas casi todas por caballeros de alta extracción, recorrían el país sin más objeto que saquear y devastar, viviendo en grande de la substancia de las gentes del campo y aun de las de la ciudad. Algunas comarcas habían llegado á ser inhabitables, ó al menos los campesinos no podían cultivar sino poniendo centinelas en las rocas ó en las torrecillas de acecho. En las márgenes de los ríos, los labradores, abandonando sus cabañas, iban á pasar la noche en los islotes ó en barcas ancladas en medio de la corriente; en los países rocosos se ocultaban en el fondo de las grutas ó de las canteras. Después de la batalla de Poitiers, cuando el príncipe de Gales hubo licenciado sus tropas entregándoles como presa «el bueno y espléndido»<sup>2</sup> país de Francia, la devastación tomó un carácter atroz y en algunas comarcas el trabajo se paralizó por completo.

A veces, no obstante, resistían los campesinos, y batallas formales se terminaban por la derrota de las «compañías de brigantes». Los villanos hasta se atrevieron á luchar directamente contra toda la nobleza, porque una orden del regente, el futuro Carlos V, ordenó á los «caballeros de Francia y del Beauvoisis» poner en estado de guerra y de abastecimiento todos los castillos y fortalezas de la comarca; pero los campesinos, previendo cuánto les costaría esa restauración feudal, se sublevaron inmediatamente contra los gentiles-hombres, y las matanzas, los «horrores», comenzaron en diversos puntos.

<sup>1</sup> Simeón Luce, *Histoire de la Jacquerie*, ps. 9 y 10.

<sup>2</sup> Froissart, *Chroniques*, I, v, 190.

Los acontecimientos que tuvieron lugar durante el corto período de lucha, no son apenas conocidos más que por la crónica de Froissart, que era un parásito de los nobles, y por las narraciones de otras personas interesadas en mendigar el favor de los poderosos; los «Jacques» no están señalados en la historia de la época sino por las palabras de execración que suelen usar los que se vengan de haber tenido miedo, tratando de justificar por bajas injurias una feroz represión. La historia de la Jacquería queda, pues, oscura en sus detalles, ya que los escritores de aquel tiempo no tuvieron otro cuidado que maldecir sus fautores; pero se sabe que los Jacques, armados al azar, sin plan de ataque, desconociendo toda estrategia y sin otro ideal que la venganza, marchaban á la ventura del furor. Como los mujiks rusos rebelados contra los señores, conservaban la religión del rey y lanzaban en la batalla el grito de «¡Montjoie!» bajo los pliegues de la bandera flordelisada. Verdad es que tuvieron algunos amigos en las ciudades y hasta viéronse en sus filas caballeros y frailes tráfugas de su clase, pero no se hizo ninguna alianza estrecha, como pudiera haberse esperado, entre los campesinos rebelados contra los nobles y los comuneros de París ó de otras ciudades sublevadas contra el poder real: no hubo más que ayudas mutuas, fortuitas, por decirlo así, y cada banda tiraba por su lado después de un acuerdo momentáneo. La derrota de los Jacques, lo mismo que la de los comuneros, era, pues, fatal, puesto que separaban sus fuerzas contra rivales reconciliados, monarquía y nobleza.

La Jacquería, que comenzó el 21 de Mayo, cerca de Compiègne, terminó el 10 de Junio, cerca de Clermont, á una treintena de kilómetros al Oeste; pero al «horror» que había hecho temblar á los señores, ¡cuántos otros horrores sucedieron en las cabañas de los campesinos!

Más importante y todavía menos conocida fué la sublevación de los Tuchinos — «*Tue-chiens* (mata perros), los que se ven reducidos por una extremada miseria á matar perros para alimentarse»<sup>1</sup> — que comenzó en los distritos de Saint-Flour y de Mauriac. Respondiendo á las exacciones de un duque de Berry, ese movimiento ensangrentó

<sup>1</sup> Marcellin Boudet, *La Jacquerie des Tuchins*.

la Alta Auvernia desde 1363, se extendió á todo el Mediodía, desde Beaucaire al Poitou, y fué anegada en sangre en 1384.

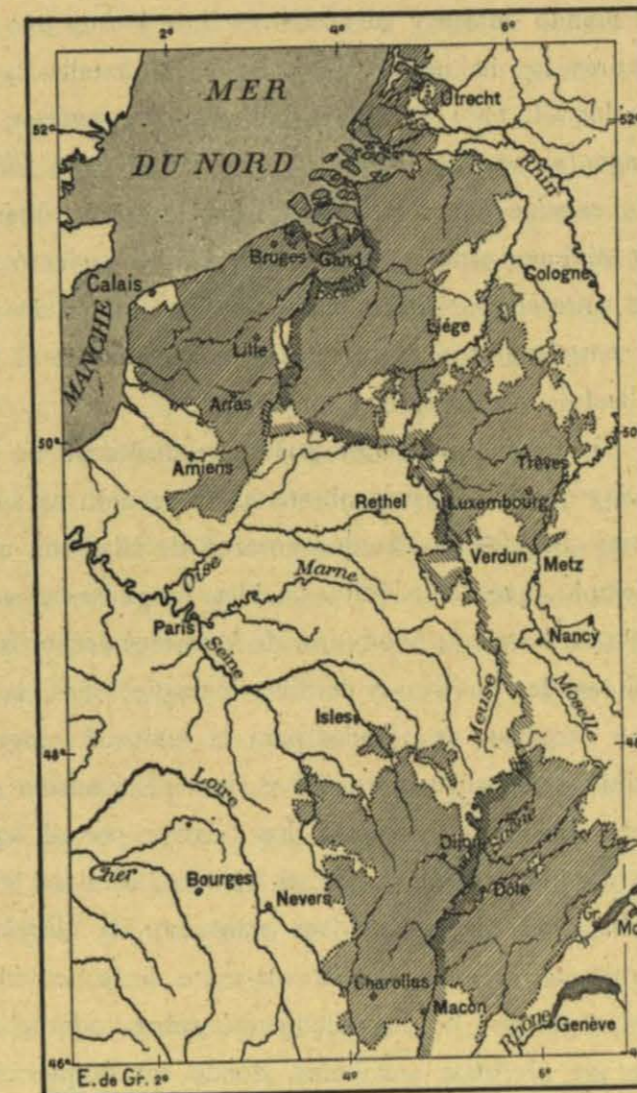
La desorganización de Francia, que Inglaterra amenazaba por todas partes, al Norte, directamente por sus ejércitos, al Sud, por sus vasallos, y que se hallaba en continuo estado de guerra civil entre ciudadanos, campesinos y señores, fué singularmente apresurada por la escisión que le hizo sufrir la constitución del ducado de Borgoña en un gran Estado realmente independiente. El centro de gravedad de las Galias parecía haber sido transportado al este del Loira y del Sena, en la cuenca del Saona superior, y alrededor de ese centro fué donde, por el azar de las alianzas, de las sucesiones y de las empresas feudales, vinieron á agregarse los territorios más discordes por no tener ninguna afinidad por sus poblaciones desde el punto de vista del origen, de la lengua ni del ideal político, bajo el dominio de Felipe de Borgoña, que por su matrimonio (1369) llegó á ser soberano de Flandes. Ese extenso reino, que formaba una larga banda de Sudeste á Noroeste, recordaba por su disposición general y por su incoherencia natural, el antiguo imperio de Lotario, tan rápidamente desmembrado por inevitables guerras. En sí, el conjunto de posesiones feudales que se llamaba la Borgoña era un verdadero monstruo geográfico, el tipo de esas extrañas formaciones que, sin consideración á la configuración física de las comarcas, las condiciones étnicas y la voluntad de los habitantes, lanzaban en un desorden caótico los ducados y los condados, los señoríos y las tierras libres con sus instituciones, sus leyes, sus diferentes costumbres, sus distintos centros de atracción y sus fermentos de odios hereditarios. La Borgoña, tomada en un sentido provincial, como país de los Burgondios y de los modernos Burguñones, es decir, el valle del Saona y las vertientes de las alturas circundantes, es una región natural, orgánicamente constituida, que se mantiene en el juego espontáneo de su vida económica, independientemente de los cambios políticos y de las divisiones administrativas; pero el gran Estado feudal de la Borgoña estaba en plena rebeldía contra la realidad de las cosas: las campiñas ribereñas del Saona por un lado, y por otro las llanuras de Flandes, formaban las dos extremidades

de ese conjunto heterogéneo. Dijon y Brujas eran sus dos capitales, y de la una á la otra ciudad, tan diferentes por su aspecto, los habitantes y el medio, las únicas vías eran caminos de guerra que atravesaban territorios

extranjeros, feudos aliados, posesiones de un día. Hasta llegó á suceder que el centro de gravedad del ducado de Borgoña se trasladó completamente á la parte de Flandes: Brujas llegó á ser, no sólo la ciudad más importante del territorio burguñón, sino que ocupó un lugar entre las ciudades « mundiales », y quizá fué la primera en el Occidente europeo. Hacia 1400, la palabra « Flamencos » había llegado á ser en Inglaterra y en otras partes una expresión corriente y

sinónima de « mercader », así como « Lombardo » había tomado el sentido de « prestamista ». Las industrias de la lana, del terciopelo y otros tejidos, tapicerías y joyería habían dado el primer lugar á Flandes entre las comarcas de Europa. Y esto, gracias á la libertad de la producción y de los cambios para todas las mercancías que no

N.º 345. Ducado de Borgoña.



1 : 6 000 000  
0 100 200 300 Kil.

fueran géneros alimenticios. En los primeros años del siglo XIV Eduardo II de Inglaterra quiso que se excluyeran los tratantes escoceses de los mercados flamencos; con este motivo mereció del duque esta respuesta, bien olvidada después por la mayoría de los que detentan el poder: «Nuestro país de Flandes está en sociedad con el mundo entero y su acceso es libre á cada uno». También sabían batirse los habitantes del país: en la batalla de Roosebeek, contra Carlos VI, en 1382, nueve mil pañeros ganteses, la mitad del contingente, se hizo matar sobre el terreno con Felipe van Artevelde. No existían entonces derechos protectores ó diferenciales, ni primas de ninguna especie, y la decadencia no comenzó sino con el sistema de «protección» introducido por los duques de Borgoña, guerreros y centralizadores. Cuanto más pesado se hizo el yugo político sobre Flandes, más peligró el comercio <sup>1</sup>.

Los príncipes de Borgoña, que disponían de las riquezas inesperadas que la industria obrera había reunido en su residencia y en las otras ciudades de Flandes, gozaron de ellas con una prodigalidad sin ejemplo, que sus súbditos, nobles, burgueses y menestrales, se apresuraron á imitar: hubo furor de kermeses desbordantes, de procesiones lujosas, de comitivas y de diversiones de todas clases; las mesas estaban cargadas de viandas para la multitud congregada; las fuentes públicas manaban hidromiel y vino. Del mismo modo que la población romana se vendió á los Césares por el «pan y los juegos», la de Flandes, olvidando el viejo espíritu de independenciamentalista, se entregaba á sus amos por la alegría de los festines <sup>2</sup>; Brujas no se enorgullecía solamente de la actividad de su comercio, del esplendor de sus productos, sobre todo se mostraba satisfecha de sus gloriosas comilonas, donde sus duques encontraban el más seguro medio de gobierno. Entre las alegrías de la mesa, que inmortalizaron después los Teniers y los Jordaens, y las del éxtasis ascético, que por contraste dominaba entonces en los conventos y en los beaterios, no había lugar para la reivindicación de las libertades antiguas. Los príncipes podían permitirse todo; todo les era perdonado de antemano. Así fué como Felipe el Atrevido, cínico,

<sup>1</sup> Alfonso de Hauteville, *Les Aptitudes colonisatrices des Belges*, ps. 112 á 119.

<sup>2</sup> H. Fierens-Gevaert, *Psychologie d'une Ville*.

impío y cruel, fué llamado Felipe el «Bueno» en la memoria del pueblo que se complacía con él.

En la humilladísima situación en que se hallaban los reyes de Francia, los ricos y fastuosos vasallos burguñones habían naturalmente de intervenir como patronos y protectores, y no faltó mucho para que hubiesen llegado á ser los verdaderos dueños: se aliaron con los Ingleses y la partición de Francia parecía inevitable. En París llegaron los partidos á disputarse el dominio de la calle. En otra batalla, en Azincourt (1415), lo que quedaba de la loca caballería francesa fué derrotada vergonzosamente por plebeyos á pie, como lo fueron sus padres en Crecy y en Poitiers; después, con la ayuda de la reina madre, los Ingleses entraron en París (1418). El Loira fué la única línea defensiva del reino que había sido tan poderoso bajo Felipe Augusto. Se evalúa en dos terceras partes la disminución que sufrió la población de Francia durante la guerra de Cien años <sup>1</sup>. Vastas extensiones de terreno se habían convertido en soledades; villas y aldeas habían desaparecido bajo la maleza, y la bestia salvaje había reemplazado al hombre, ¡y sin embargo todavía no venía la paz! Las prodigiosas victorias de los Ingleses no habían servido más que para prolongar la guerra, haciéndoles esperar el triunfo definitivo y animándoles en aquella empresa imposible, consistente en reducir una comarca demasiado extensa para ellos, donde sus fuerzas acababan por extraviarse y perderse.

Lo que Francia hubo de sufrir durante ese período, es indecible: la población se hallaba por completo impulsada á la locura. En París, más de veinte mil casas abandonadas se derrumbaban; los telares no funcionaban en las ciudades industriales; el trabajo estaba abandonado en todas partes, y la vida había llegado á ser tan insegura, que no se confiaba ya su conservación á ninguno de los medios ordinarios convertidos en recursos ilusorios, sino que se disputaba á los lobos; las pestes pasaban y volvían á pasar sobre el pueblo, dejando el terror en pos de sí, y los desesperados se hicieron facinerosos ó brujos. En algunas comarcas los campesinos pensaron en «entregarse al diablo», esperando, en efecto, que el eterno enemigo,

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the fifteenth Century*, p. 82.